

José Manuel Fernández Argüelles

La gasolinera de colores



Ediciones
Irreverentes

I PREMIO NACIONAL DE NOVELA
ALCORCÓN SIGLO XXI

JOSÉ MANUEL FERNÁNDEZ ARGÜELLES

LA GASOLINERA DE COLORES

I PREMIO NACIONAL DE NOVELA ALCORCÓN SIGLO XXI

Colección de Narrativa
Ediciones Irreverentes

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

© José Manuel Fernández Argüelles

De la edición: © Ediciones Irreverentes S.L.

Junio de 2010

Ediciones Irreverentes S.L

<http://www.edicionesirreverentes.com>

ISBN: 978-84-96959-67-5

Depósito legal:

Diseño de la colección: Dos Dimensiones S.L.

Maquetación: Absurda Fábula

Imprime Publidisa

Impreso en España

–El mal siempre triunfa; prueba de ello es que nosotros dominamos el mundo.

–¿Quiénes sois?

–Los humanos, por supuesto; tú también.

–Yo no soy como vosotros, aunque soy humano.

CAPÍTULO I

En ocasiones explotaban los colores. Otras veces no, y el mundo derivaba a más confuso. Pero cuando los objetos y los seres refulgían con la tonalidad que los identificaba, todo adquiría la cualidad de lo cierto. Entonces era muy sencillo para Néstor superar el caos. A veces las visiones llegaban cuando no las necesitaba; y de tan acostumbrado, no les prestaba atención. En otros momentos surgían los brillos en su ayuda cuando se le atravesaba la decisión sobre un paso inseguro o debía procurar el entendimiento con las personas que topaba; esos destellos suponían un milagro. Sería maravilloso si pudiera crear el prodigio con sólo el deseo de su voluntad, pero el fenómeno ocurría por designio del azar; así el muchacho siempre esperaba expectante frente a los minutos de vacilación. De tal forma, cuando el desconcierto lo atenazaba con el cordaje que inmoviliza el entendimiento, él aguardaba la explicación de las tonalidades. Por desgracia estas no siempre emergían del hombre que le gritaba o de la mujer que lo increpaba o de la ventana que, oscura, arañaba la duda. En muchos instantes de incertidumbre, Néstor se quedaba quieto, con la boca un poco entreabierta y los ojos fijos en aquello que lo inquietaba. Y no sucedía nada. Asemejaba un idiota perdido entre el silencio de dos palabras. En cambio, si el brillo oportuno delataba a quien estaba frente a él, entonces el zagal se tornaba lúcido hasta provocar el susto del acompañante. Esto, por ser infrecuente, no impidió su catalogación como torpe, cercano a la imbecilidad. También era reconocido como buena persona entre sus vecinos —nunca hacía daño—, lo que evitó el miedo a sus destellos de sorprendente perspicacia. La etiqueta de lerdito disimulaba sus lúcidas y prodigiosas intuiciones, siempre ocasionales. A un tonto bueno se le perdona la osadía de la verdad accidental.

Lo más importante de los colores a florados se encontraba en sus matices; la intensidad, las mixturas y, a veces, las vetas de unos tonos incrustándose en otros más predominantes. Esa paleta de pintor formaba una amalgama que el niño Néstor acabó por desentrañar. Empleaba nombres muy sencillos para sus explicaciones: cielos a distintas horas, manchas en la robusta piel de los animales, mezclas como las de los prados verdes punteados por flores dispersas, o los amasijos coloristas que surgían de entre el agua maloliente del río que atravesaba el pueblo. No le resultó fácil, pero tampoco extremadamente arduo. Al fin y al cabo, había nacido con esa cualidad. Lo verdaderamente costoso fue acostumbrarse a guardar su secreto cuando descubrió en los demás la imposibilidad del don con el que ver más allá de la primera apariencia. Y no tardó en darse cuenta de que nadie le explicaría el misterio de las coloraciones cambiantes y su halo brillante. Era único; habría de ser maestro y discípulo a un tiempo.

El motivo más importante para ocultar su secreto fue la incompreensión asustada de quienes lo rodeaban; sus miradas divertidas, primero; después, preocupadas, y al final, temerosas. Desde niño, Néstor silenció la visión irisada del mundo con la intención de fingir su curación.

La decisión para el disimulo la tomó cierto día, siendo muy niño, cuando su madre lo condujo hasta el médico de la familia con la peregrina idea de que le *recetase* unas gafas. La buena mujer, no encontrando diversión en el asombro de que su hijo la viese verde o azul o roja, buscó la solución a su temor rudimentario en unos lentes adecuados. La lógica de su razonamiento se comprende como previsible, y sus pocas luces no daban para alcanzar más allá de lo evidente. En cambio, el doctor no concluyó razonamientos tan rotundos como los de ella. Por los síntomas explicados, entendía el galeno que las *visiones* de la criatura estaban más cerca de las fantasías infantiles que de los males oculares; de todas formas, recomendó a la atribulada madre la visita a un oftalmólogo. Como en el pequeño pueblo de Berizo, donde vivían, no contaban con tal especialista y el viaje a la capital desagradaba a la señora, los miedos por la vista de su hijo hubieron de apagarse con la última frase del médico local: *el niño ve lo que quiere ver; se le*

pasará con el crecimiento. Y Néstor creció aprendiendo a disimular su extraordinaria facultad por no espantar a su madre, que durante muchos meses, y todos los días, miraba fijamente al vástago y le preguntaba cómo la veía. *Normal, mamá,* decía él, sin mentir, pues se refería a lo común dentro de sus ojos.

Mucho más lento que el convencimiento para el disimulo, fue el aprendizaje en la interpretación de aquellos tintes volubles según los días. Como ya se dijo, la experiencia iniciada durante la infancia hizo del proceso un hecho natural y progresivo. Si bien Néstor heredó la mente simple de la madre junto a la aún más borrica del padre, el muchacho disfrutaba con la paciencia de la observación, que contrarrestaba en buena medida la suma de las torpezas adquiridas de sus progenitores. Quienes lo veían plantado delante, mirándolos con un escrutinio impropio de un crío de seis años, pensaban en la tontuna característica de su familia y no en asuntos más profundos, los cuales jamás hubiesen adivinado, de todas formas. Los ojos sin parpadear apenas, la boca entreabierta y cierta expresión de ido, no ayudaban a que los vecinos conceptuaran al niño como muy espabilado, precisamente.

Néstor se transformó en un joven silencioso y distante, pero amable y bonachón cuando se le requería. Su cuerpo estiró hasta la altura que acabó por encorvarlo un poco, quizá por pura modestia o por mirar más de cerca a sus contiguos –afición bien conocida por todos–; como, además, su delgadez recordaba a una estilizada figura de El Greco, daba en un ser ajeno y poco terrenal. A pesar de esto, se le aceptó bien dentro de una comunidad que sólo pedía buena convivencia y no seres parejos. La divulgación de su don sí le hubiese distanciado, porque lo incomprendible asusta, pero eso ya sabía ocultarlo el bendecido por la gracia de los colores.

Al pasar de los años, la madre de Néstor recibió la entrada en la adolescencia del mancebo con la suspicacia que nunca la abandonó tras visitar al médico. Las miradas dirigidas por su hijo todavía le desconcertaban, y ciertas *sabidurías* suyas no pasaban desapercibidas a la mujer, que de todas formas prefería entenderlas como muestra de sapiencia en un niño no tan ingenuo como se le suponía, aunque ni ella misma pudiera creerlo. Tras

enviudar y enfrentarse a las aperturas económicas, abandonó la preocupación por las contemplaciones del hijo, al que aún le faltaban muchos meses antes de ser adulto y tapar con el trabajo el hueco financiero dejado por el difunto. En cambio, esta orfandad paterna no le supuso a Néstor más que el descubrimiento de los reflejos en la muerte: un hombre, antes de morir, tiene un brillo grisáceo, el cual poco a poco se torna negro y después se dispersa muy lentamente. Nunca dolió la ausencia de su padre, al que en vida apenas veía, excepto a las horas de la comida, y de quien sólo recordaba haber escuchado el ruido de los dientes al masticar: casi el único sonido que recibió de su boca. Esa remembranza y la de rascarse la entrepierna con frecuencia.

Como se explicó, quedar solo con la madre no supuso mucha diferencia para el chico. Sí percibió el cambio en la escasez que acosó al hogar a partir de entonces; pero él no se hacía el exquisito ni abundaba en las comidas, y en cuanto a lujos nunca los había conocido ni los ambicionaba. A su juicio, todo siguió, poco más o menos, igual que antes. No así en la apreciación de la viuda; esta comenzó a contar los días que faltaban a su hijo para iniciarse en la costumbre de aportar pecunia al seno familiar. Dama de pocas dotes, sí entendía bien, en cambio, la necesidad de un mulo con el que arar la tierra. Esta era una de las pocas sentencias aprendidas de la vida.

Durante año y medio, Néstor vivió en el limbo de los que no se aplican en nada. O casi. Padeció algún encargo ocasional, como recoger fruta o ayudar en la carga y descarga de camiones en un almacén, siempre tarea de pocos días en labores esporádicas donde no se reparaba en la edad de los músculos si estos no se quejaban. Ese tiempo novedoso lo dedicó el púber a desarrollar su afición preferida. Juzgó en silencio los brillos apagados de los obreros que con él compartían la eventual jornada; los del encargado cuando desviaba la mirada desde los sacos repletos hacia alguna recogedora agachada; aquellos otros del compañero de faena, quejumbroso en cada flexión al cargar bultos, y también de los que disimulaban el esfuerzo con la habilidad ocultadora de la holganza. Y así aprendió lo más importante de las pigmentaciones observadas: se antici-

pan a los actos del tiznado, porque los deseos preceden al movimiento. Otro hallazgo fue que la luna es traidora. Su reflejo luminoso engaña los colores; los convierte en pálidos cuando no lo son, abusa de los grises y anula los rojos. Y el azul falso es el amo de la noche. Por suerte, la luz eléctrica corregía esas falsedades en buena medida, aunque también desvirtuaba las tonalidades con una sutileza que en ocasiones despistaba al único observador del prodigio.

Néstor, casi siempre protector de sus hallazgos con el silencio —no de continuo, como alguna vez se comprobará—, se forjó un experto en la adivinación del futuro inmediato, padeciendo un margen de error muy pequeño: aquel provocado por el control y la represión de los impulsos que sus vecinos se imponían a veces. No tardó en descubrir un viso importante sobre las apetencias; estas no siempre se traducen en movimientos y realidades, sino en contención dolorosa, que a su vez produce significativos cambios en los tintes precedentes. También ese acontecer de sus conurbanos lo asimiló, evitando así padecer el mal del omnisciente, el cual acaba por abocarse hacia la vanidad y la petulancia. Aceptó que podía equivocarse en las acciones de los otros, aunque no en sus pretensiones. Y, por fin, el mismo día que alcanzó la edad para firmar un contrato laboral, su madre, todo apalabrado de antemano, llevó a Néstor ante Silvano, el dueño de la pequeña gasolinera que en un extremo del pueblo de Berizo aprovechaba el paso de la carretera nacional. Esto sucedió de mañana temprano. A la tarde, ya estaba aprendiendo el sencillo oficio de arrimar la manguera del combustible a los vehículos, gestionar las ventas de la ínfima tienda con variados artículos y cobrar el consumo de forma adecuada; tal faena era la única preocupación del dueño Silvano, que por todo examen al nuevo empleado le preguntó si sabía contar y lo previno de que las faltas en caja se descontaban del sueldo.

—¿Seguro que sabe contar, señora? —insistió el amo del lugar, en un aparte con la madre— Es que, desde que lo conozco, es de otro mundo; distraído, quiero decir. No me malinterprete ni se ofenda.

—Sabe, sabe —respondió ella, con la reiteración que suple lo que no se quiere demostrar.

Y si no, que aprenda, esto sólo lo pensó la mujer, y no dejó que la duda se le corriese de la lengua. Era ella la que apenas sabía de números y letras; al igual que, en vida, su difunto marido. Mal podría informar de la sapiencia del muchacho. A la escuela había ido, por lo que algún saber se le habría *pegado*.

Néstor sí logró asimilar unos pocos conocimientos en su obligatorio paseo escolar. No muchos, porque dedicaba más tiempo a las irisaciones asombrosas que a las explicaciones de maestros y libros, pero tomó gusto por conocer y escribir el nombre de las tonalidades en libretas que llenaba sin descanso. Incluso hubo de inventar términos con los que nominar algunos matices que sólo él apreciaba. De tal forma aprendió a escribir. Y además, cada color poseía un número. El rojo se convertía en el uno; el azul, representaba al dos; el amarillo, el tres; el negro era el cero, y el blanco simbolizaba lo innumerable. Así con todos los brillos y sus variadas gamas, que si no se hacían infinitas a sus ojos, sí eran muchas, las suficientes para conocer las matemáticas sencillas al combinar las luminarias junto a sus números.

Con este bagaje, escaso en un sentido e inmenso en otro, comenzó Néstor su trabajo en la gasolinera de Silvano; sitio de paso para tantas personas que si alguien en el planeta disfrutara de ojos como los descritos, pensaría que aquella estación de servicio, en algunas ocasiones fortuitas, aparentaba una acuarela de vivos colores en movimiento.

Y aquí principia la historia.

CAPÍTULO II

Tres años de experiencia en el trabajo resultaban suficientes para que Néstor adivinara los problemas acaecidos con el coche recién parado ante el surtidor de gasolina, justamente un minuto antes del cierre. No necesitó aguardar por la aparición de los colores del vehículo ni de sus dos ocupantes. El frenazo brusco, la mirada del conductor y el acompañante a los alrededores y, después, sus ojos disparados hacia el interior donde Néstor se encontraba, mientras mantenían el motor en marcha, le avisaron del peligro. De tordas formas, esa noche iluminada por los fluorescentes no aportaba, de momento, fulgor alguno a la visita que presumía malsana.

La gasolinera de Silvano se ubicaba muy cerca del pueblo, pero en sentido estricto se hallaba aislada. Distaba unos cincuenta metros de las dos primeras casuchas que iniciaban la pequeña población; después seguían las barriadas de edificios bajos, donde aparecían los primeros comercios y bares. Cincuenta metros de vacío urbano pueden ser muy solitarios si no existe un motivo para recorrerlos. Y a las once de la noche, en Berizo, nadie encontraba una razón que disculpase la escasa distancia. Néstor se hallaba desprotegido y no esperaba más ayuda que la propia misericordia de los asaltadores, si es que lo eran.

El joven tardó demasiado en decidirse a lanzar su cuerpo contra la puerta y atrancarla. Se entretuvo en la reflexión el tiempo suficiente para que los dos individuos de dudosa apariencia entrasen. Néstor se agazapó en un rincón aguardando que la suerte despejara sus peores dudas. Las palabras del más alto de los visitantes aclararon la situación.

—Calma y sin moverse, delgadocho, que vamos a echar un vistazo al *money*.

Mientras el elocuente se dirigía con cierta parsimonia hacia la caja registradora, el otro, mucho más bajo, hizo sonar en su mano la apertura de una navaja con la estridencia de pequeños huesos al romperse.

—Tranquilo, chaval; *esta* sólo *cose* cuando yo digo —susurró el armado.

Néstor seguía arrinconado y silencioso. No pudo evitar un respingo al oír la música fúnebre del arma cuando exhibió su hoja. Una de sus piernas comenzó a temblar, ajena a la quietud de otras partes del cuerpo. El asaltante pequeño sonrió mostrando en alto la navaja, pero enseguida desvió la atención al exterior, a través de la puerta acristalada.

—Vamos —dijo, de inmediato, al compinche alto—, espabila, aunque de momento afuera no hay nadie.

El anterior atraco sufrido por Néstor fue similar a este. Había ocurrido pocos meses antes, y comenzó como el de ahora. Llegaron dos al finalizar el turno, otearon nerviosos el entorno y después se lanzaron hacia la caja. La diferencia entre unos y otros sólo se hallaba en que los primeros usaban una porra y gritaban mucho; pero aparte de dos empujones, que confinaron a Néstor en el mismo ángulo donde se refugiaba en el presente, no amenazaron con una navaja tan grande como aquella que tenía el pequeño ladrón en su mano, a dos metros de distancia y mostrando una sonrisa inquieta. Los del primer atraco destrozaron el local a golpes de palo. Estos de ahora, aún no habían roto nada.

—¡Que se me pone nerviosa entre los dedos! —insistía el navajero, con risa leve de apariencia compulsiva, mirando un segundo al prisionero y otro a la calle, y después a su compinche— Y tú, apura.

Entonces brotaron los colores y Néstor se apaciguó. No le iban a dañar. No sabían. No querían. Percibió, ya sin la angustia atenazando el entendimiento, que eran más jóvenes que él; poco más que niños malencarados con rasgos agitanados y faz de enojo simulado, o de susto, que es parejo.

—No me vais a hacer nada —sonrió Néstor, desde su rincón, mostrando una faz apacible y distendida.

—¿Que no qué, chaval? —dijo el pequeñín, sopesando la navaja— ¿Quieres ver como te hago un *ojal* en el pecho?

—No puedes —contestó el indefenso, con amplia sonrisa—. No quieres. Estás asustado y eres bueno.

El agresor inmovilizó la mano armada; la dejó suspendida en el aire como a la espera de que retornara una realidad perdida en un punto imposible de discernir. El otro, el alto, también se vio sorprendido por la nueva actitud de su víctima, y detuvo la contabilidad usurpadora que hasta entonces había llevado a cabo con dedos de garfio sobre la caja dineraria. En cuanto a éste lo despabilaron dos parpadeos de pasmo, reaccionó con una frase seca y contundente.

—*Nano*, hazle una cremallera en la barriga.

Néstor, a pesar de la cruel sentencia, continuó sereno y sonriente. Los colores se hacían evidentes, muy claros. La paz, después del susto, lo llevó a un estado cercano a la euforia. Quizá por eso se explicó más de lo que en él era prudencia y costumbre.

—No sabéis ser malos —comenzó diciendo, y tras la pausa de un silencio donde el trío se convirtió en estatuas involuntarias, siguió hablando—. Tú tienes el color ocre pálido de la inseguridad, como de tierra limpia disuelta en agua —se refería al más bajo—, y alguna mancha de marrón borroso, que yo llamo marrón del miedo, junto a unas vetas azuladas de bondad. Y tú —le tocó al alto—, aunque se te ven franjas de rojo sombrío, hay más del azul de la ternura, algo oscurecido, eso sí; será por la barra del fluorescente. Estáis deseando dejarme en paz y salir corriendo —concluyó—.

El gitano bajito movió los labios un par de veces, pero no logró articular nada comprensible. El otro arañaba los billetes que tenía en la mano como si no supiese qué hacer con ellos. Por fin, el de la navaja alcanzó a vocalizar sonidos inteligibles.

—Estás como una *cbota*, tío.

El navajero no avanzó contra el arrinconado, según podía presumirse. Lanzó, en cambio, una risita nerviosa y ordenó a su compañero arramblar con lo que hubiera de dinero y que después se piraban *cagando leches*; lo del tipo aquel podía ser contagioso. La humorada la entendió como muy divertida el alto, que también rió y puso su afán en embolsar los billetes robados.

Néstor los dejó trabajar, ahora callado, pero cuando vio que tenían intención de irse y caminaban hacia la puerta –el pequeño aún sin quitarle el ojo de encima y el alto avizorando la calle– no contuvo el deseo de dar un consejo, quizá por resultarle simpáticos aquel par de ladrones, incluso tiernos debido a la mezcla delicada de sus pinturas aéreas.

–Deberíais cambiar de trabajo. No sé... quizá la costura... Ojales... cremalleras... ya sabéis...

–¡La madre que te parió! ¡Encima con cachondeo!–exclamó quien en ese instante guardaba la navaja y corría junto a su colega hasta el coche, con el que no tardó en perderse tras la primera curva de la noche.

Néstor salió del rincón al que descubrió cierta querencia durante los atracos. Aplastó su nariz contra el cristal del escaparate desde donde se mostraban los artículos de la tienda. Vio como huía el coche de aquellos dos personajes a los que incluso juzgaba cordiales. Y no pudo evitar el deseo de reencontrarse con ellos; sin navaja de por medio, por supuesto. Se trataba de gente con buenos colores. No como los del jefe en cuanto le informase de la caja vacía. Trescientos o más euros se perdieron en la noche curvada: casi la mitad de su sueldo. Pero, como la otra vez, el amable señor del seguro, repondría la pérdida y Silvano retornaría a las tonalidades despejadas. Así de sencillos son los quebrantos cuando el buen entendimiento amansa las iras prontas.

A pesar del sosiego actual, la noche se preveía larga e incómoda: primero la llamada telefónica a la Guardia Civil –identificación, detalles, explicaciones–, y después a Silvano. Aunque podía ahorrarse el esfuerzo de un telefonazo, pensó; por lo que decidió sólo anunciar del robo al dueño. El jefe se ocuparía del resto y de los trámites necesarios. Él, Néstor, quedaría a la espera.

La comunicación con Silvano acabó tras un exabrupto del jefe. Diez minutos más tarde, en la gasolinera se presentaron, a un tiempo, el dicho Silvano y una pareja de guardias, todos dentro del mismo transporte policial.

El dueño del lugar se lanzó el primero fuera del coche. Los brazos en alto, andando con pasos torpes hacia su empleado, que aún mantenía la nariz

pegada al cristal con los ojos prendidos en la curva que perdía la carretera de la fuga.

—¿Otra vez, Néstor? —exclamó Silvano sin esperanza de ser oído por el asalariado desde el interior del edificio— ¿Siempre te va a suceder a ti? Y ahora no me vengas con monstruos de colorines porque te mato.

Silvano continuó hablando al aire nocturno mientras se allegaba a la puerta de cristal que daba acceso a la tienda y al despacho de la gasolinera. Tras él, los dos guardias civiles seguían sus pasos mientras observaban con atención los alrededores, como si existiese alguna posibilidad de que los delincuentes se hubieran sentado a esperarlos por las cercanías con la amabilidad de quien no desea dar trabajo a los demás.

Por fin, el jefe se encaró con Néstor en cuanto llegó hasta él, y le espetó, ya seguro de ser oído:

—¿Y esta vez de qué color eran?

El joven larguirucho no cayó en el error de explicar sus visiones, que a pesar de su voluntad por ocultarlas, a veces se le iban con la voz antes de contenerlas y velarlas. Como en el atraco anterior. Un desliz entonces. Pero no ahora.

—Fueron dos —dijo Néstor— Tenían una navaja y se llevaron todo el dinero. Trescientos euros, más o menos. Y eran buena gente.

El informe dado lo juzgó completo y preciso el mozo. Sabía lo que se le solicitaba: explicar lo sucedido. De todas formas el dueño se negó a escuchar elogios a despropósito y dedicó el brío a esparcir la vista por el habitáculo de su propiedad asaltada; las estanterías con útiles de coches, revistas del motor, otras de señoritas sonrientes, también comestibles envasados en bolsas plásticas y botellines de agua o licor, entre otros pequeños y variados objetos. Todo ello permanecía con la integridad de ese mismo día por la mañana, cuando visitó su propiedad para recolectar —¡a dios gracias!— las ganancias hasta esa hora. Silvano casi se convenció de que, en efecto, los atracadores eran buena gente, pues ninguna rotura se apreciaba en los alrededores visuales, muy distinto a como ocurrió en el vandálico asalto anterior. Esta bondad del pensamiento sólo se mantuvo hasta

que la mirada se escandalizó con la caja registradora, tan vacía como recién instalada.

—¿Y cuánto dices que había? —interrogó Silvano, sin apartar los ojos del cajoncillo metálico con sus pequeños compartimentos desocupados como el día de estreno.

—Unos trescientos y monedas... Como no hubo tiempo de hacer arqueos... —contestó un confuso Néstor; y añadió, alegre— pero paga el seguro, ¿no?

—¡Una mierda! —gritó el amo— Vamos a medias en la pérdida si estos —se refería a los guardias— no lo recuperan. La póliza del seguro no la renové desde el último robo porque... ¡ coño!, ¿para qué te lo voy a explicar?

La noche que Néstor previó larga y tediosa, con declaraciones inundadas de preguntas repetitivas, informes policiales tecleados a desgana y siempre lentos y vueltos a comenzar en papel nuevo, unido el engorro a más preguntas repetidas por cada guardia recién llegado al cuartel, se redujo a una sola por parte de uno de los Civiles que acompañó a Silvano hasta la gasolinera expoliada:

—¿Puede describir a los asaltantes?

Bastaron tres frases inseguras de Néstor para que el otro de los guardias exclamase:

—¡El *Nano* y el *Largo*, no digas más, chaval! Lo tenemos jodido. Son como sombras, los cabrones.

—O sea, que nuestro dinero, el de este y el mío, tampoco esta vez se recupera —resumió Silvano.

Y bastó una frase más de Néstor para dar fin a las averiguaciones policiales *in situ*:

—Sombras, no. La coloración era buena.

Los guardias civiles, aparcados desde hacía meses en el cuartel de Berizo, ya conocían al joven y sus rarezas —las cuales entendían, al igual que todo el vecindario, como ineptitudes cerebrales—, y optaron por el silencio antes que soltar la risotada en un momento impropio. Silvano, con el humor tan vacío como su caja registradora, dio término a la situación.

—¡Vega, chaval, vete a casa con tu madre; tendrás bastante que contarle! El cierre ya lo echo yo —y añadió— Y que no me venga a ver por lo del dinero... vamos a medias y punto.

Néstor se alejó hacia el pueblo. Los cincuenta metros hasta las casas cercanas los recorrió andando despacio, bajo las farolas de la acera que se iniciaba precisamente en la gasolinera y conducía hasta el arranque del pueblo y después al bar de su tío, y unos pasos más allá al de la señora Cecilia. Lanzó su mano al bolsillo y comprobó al tacto un billete de escaso valor y algunas pocas monedas. Ralentizó aún más el camino. No le apetecía contar a su madre la disminución del jornal. Quizá mañana se lo explicase. O nunca. Si le entregaba el sobre conteniendo billetes pequeños abultarían como otros meses, y ella, era más que probable, ni se daría cuenta. Las desgracias siempre tienen soluciones sencillas, y si no, el tiempo las amansa. Estas meditaciones y la estratagema del volumen en el futuro sobre de la paga lo calmaron, y Néstor aceleró —sólo un poco— sus pasos, deseoso de ver las gamas que surgían desde las ventanas en *El Disparón*. Quizá la poca fortuna de sus bolsillos alcanzase lo suficiente. O no. Todo dependía, como casi siempre, de la luz en las ventanas.

CAPÍTULO III

Cerca de *El Disparón* se le aparecieron a Néstor los colores del local regentado por el hermano de su padre muerto. Surgían las luminarias desde sus dos ventanas bajas como cañones de luz cerúlea hasta descubrir un enorme camión aparcado en frente, junto a otros dos vehículos, aún mayores, que le hacían escolta. Mal asunto. Ese tono de azul –cielo lejano de amanecer, como Néstor lo nominaba– no preveía generosidades en el interior. Y su único billete arrugado en el fondo del bolsillo no daba para el propósito que le urgía. Llevaba más de una semana sin bajarse los pantalones dentro del bar dirigido por su tío Pepón, y hoy había contado con la voluntad propicia de alguna de las chicas; en cambio, el perverso color de cielo distante en los ventanales no pronosticaba bondades que rebajasen el precio de los quince minutos alquilados para descender hasta el paupérrimo capital que el joven acariciaba con tristeza en el fondillo de una prenda destinada a seguir amarrada, con el cinturón, a las caderas.

A pesar de todo, decidió entrar en la casa de putas de su tío. Aunque los augurios eran nefastos, de todas formas, a veces, las personas actúan en contra de lo que apetecen. Así, quizás alguna de las mujeres, puede que Susi, luchase contra la ambición pecuniaria de esta noche y cediese favores ante el manoseado billetito que en otras ocasiones de bondadosa generosidad le fue aceptado. Por intentarlo y fracasar sólo perdería tiempo, y eso le venía bien para llegar a casa cuando su madre hubiera logrado los ronquidos. La historia del atraco podía levantar en ella suspicacias sobre la cuenta de pérdidas y ganancias. Él sabía disimular con el silencio, pero no mentir cuando hablaba. Al día siguiente su madre nunca le preguntaba *¿que tal en la gasolinera?*, y él podría obviar el suceso de la pérdida. Con tales pensamientos entró, sin esperanzas y por hacer tiempo, en el bar de su tío, por parte

de padre difunto; que lo regentaba desde que se arruinó con el mismo local, cuando era una cafetería modesta y *normal*, de cafés, refrescos, vinos y televisión esquinada para jugadores de cartas y cuatro clientes que consumían más horas que dinero.

Dejó la noche en la puerta y se adentró en *El Disparón*, donde lo recibieron lámparas blancas, las menos; rojas, la mayoría; azules varias y unas cuantas amarillas, e incluso algunas verdes, que embadurnaban el local desde paredes y techo. Sobre las mesillas bajas, rodeadas de taburetes incómodos, se depositaban más lamparitas de tonos rojizos y a veces anaranjados; también verdes, como debe ser el infierno en día festivo. El gusto de su tío Pepón se desparramaba con la grosería que le caracterizaba en cada rincón luminoso. Néstor aún no se había acostumbrado a soportar el galimatías relumbrón, sólo bueno por la escasa potencia de las bombillas, y así la molestia en los ojos punzaba menos y permitía al sobrino distinguir —después de un tiempo prudencial y acomodaticio— los colores que de verdad le interesaban. Su pariente y propietario en nada ayudaba a mejorar la estética del interior: su faz, casi nunca bien afeitada; su barriga prominente, empeñada en desabotonar una camisa sucia, ida del interior del pantalón en cada movimiento torpe de cintura, y sus manazas de boxeador lento no lo asemejaban a una madame exquisita. Al menos, la música sempiterna de boleros trasnochados —y repetitivos— era un contrapunto apaciguador a tanto cromatismo zafio y desbarajustado.

—Hola, tío —saludó, con la desgana provocada por la escasez de buenas expectativas.

Su tío Pepón le devolvió el saludo con la misma apatía y le sirvió el habitual vaso de agua gratuito, que llenó del grifo tras el mostrador. Con el primer sorbo, Néstor dio un repaso visual al entorno, y se sorprendió de la abundante clientela que esa noche buscaba sonrisas de pago. Por fin se explicaba el color azulado anunciador de sus pocas posibilidades en lo referido a generosos descuentos con respecto a las prestaciones de las empleadas. Ese tono del azul era bueno en las personas, pero no en las casas, como su experiencia le indicaba. Su tío confirmó los augurios.

—Hoy lo tienes *crudo*, chaval.

En efecto, el trío de putas mulatas, que él bien conocía, estaban entretenidas junto a tres individuos que Néstor intuyó como los conductores de los camiones de afuera. Esos varones eran el reflejo de un patrón que se prodigaba en el local; robustos y gordos, de movimientos pesados, debido a las horas de inmovilidad ante el volante, y palabra torpe junto a la garganta siempre seca, para beneplácito de las fulanas y sus comisiones en las bebidas —excluidos los vasos de agua del grifo tras el mostrador, claro está—.

Aparte del grupo de conductores y de mestizas, sentados todos en los pequeños taburetes que mal recogían las seis nalgas rebosantes —pues la prostitutas, sin ser tan gruesas como los energúmenos de la carretera, también disfrutaban de los culos habituales en las latitudes sudamericanas de las que procedían, y que tanto bien deparaban al joven observador cuando lograba el descuento acorde a su bolsillo— estaban, además de los mencionados traseros, otros cuatro clientes —masculinos, es obvio si se conoce a Pepón y sus putas—, amarrados al mismo mostrador que Néstor. Dos se acodaban juntos, bien trajeados y serios; otro aparentaba el típico solitario casual agarrado a la copa de coñac, como si en su poso hallase la justificación para estar allí; y el último era Sergio, el profesor de Literatura de un instituto en la capital, que dos o tres veces al mes reforzaba su convicción de soltería amarga y cuarentona en *El Disparón*.

Néstor saludó con media sonrisa al profesor y, después de recibir el mismo gesto del otro, concentró su atención en la pareja de elegantes que pareados sorbían, en silencio, un líquido semejante al refresco simple, sin el usual alcohol mezclado. Algo en aquellos dos inquietaba al joven, aunque no daba en dilucidar qué podría ser. Y en esta ocasión no contaba con la ayuda de los colores, pues cuando le oprimía el pantalón en la entrepierna, no era el entramado óptico el órgano mejor dispuesto del cuerpo. Por ello intentó relajarse y no cavilar sobre posaderas rebosantes. Centró su interés en la pareja circunspecta que miraba hacia todas partes sin el ansia de la espera urgente. Se podían equiparar a dos notarios redactando un acta. Incluso uno de ellos, Néstor se dio cuenta, anotaba con vértigo en una pequeña libreta, y

lo hacía con cierto disimulo, medio ocultando el cuadernillo en la palma de su mano mientras con la otra garabateaba deprisa lo que tuviera a bien. ¿Quién en su sano juicio toma notas dentro de una casa de putas? Quizá un escritor ávido de datos vívidos. Puede que Sergio, el profesor de Literatura, lo hubiera hecho para esa novela siempre a medio escribir, pero eso eran costumbres de gente poco normal, y aquellos dos daban la imagen de ciudadanos tan correctos como los de un el *eslogan visual* de un partido político que gana las elecciones o está a punto. Y los colores no llegaban. Ante el imposible de una deducción inteligente, Néstor decidió desentenderse de la pareja de *notarios*, así los catalogó, y regresó al ensueño de las nalgas mulatas ocupadas por los camioneros. La Susi, la Cari y la Mona prestaban la mejor de sus sonrisas falsas a comentarios de ejes de camión, cargas espectaculares y trayectos inverosímiles. Aquello iba para largo mientras los tres clientes persistieran en consumir todo cuanto se colocase encima de la mesa alumbrada por una lamparilla anaranjada. Al resto de la concurrencia le correspondía esperar. Tales eran las deducciones de Néstor.

—Paciencia chaval —la voz de Pepón interrumpió los pensamientos del joven—; este negocio es así: un día te sobran la mitad y otro faltan el doble de putas.

El doble de tres se acogía al buen cálculo, pero la mitad... Néstor desistió de las matemáticas con las que entender a su tío, sin embargo se vio en la obligación de seguir escuchándolo.

—Quien no tenía paciencia era tu padre, mi pobre hermano. Se cayó de aquel andamio en lo mejor de la vida. Él sí que no soportaba la espera. Se rascaba en la bragueta como si estuviese templando la polla, hasta que no podía más y se iba. Supongo que las consecuencias las agradecería tu madre.

—...Y el pantalón —respondió el hijo de aquel finado que se recordaba en lugar tan impío y por actitud tan irreverente.

—¿El pantalón?

—A la altura de la bragueta. Siempre los estropeaba por ahí, según mi madre.

—¡Ese era mi hermano, sí señor!

La carcajada y la expresión en tono elevado de Pepón provocaron el sobresalto y atrajeron la atención de los cuatro compañeros de barra. Uno de los *notarios*, el de la libreta, anotó algo, y el de la copa y el profesor Sergio pronto volvieron a sus ensoñaciones respectivas tras un mudo gesto de malestar.

—Mejor susurramos —susurró el dueño de *El Disparón*—. Cuando se espera con calentura, la cosa no siempre se calma con el método de tu padre y los ánimos retenidos pueden convertirse en gallos de pelea en cualquier momento.

Néstor no entendía bien lo que explicaba su tío con una frase excelsa para ambos, y tampoco tenía interés en ello. Él era pacífico por naturaleza, por nacimiento, por costumbre y porque, a fin de cuentas, siempre fue así; las actitudes agresivas le eran tan ajenas como distante estaba del gusto decorativo del establecimiento: él, que tan bien conocía los colores. Sorbió agua del vaso para disimular el desconcierto y evitar un comentario con el que no atinaba. Su tío aprovechó el silencio y se acercó al cliente de la copa vacía de coñac con la intención de rellenarla; un gesto del índice hacia la botella abandonada en uno de los estantes fue suficiente para lograr el asentimiento mudo del bebedor. Pepón agarró con una mano el coñac mientras con la otra intentaba sujetar los faldones de la camisa dentro del pantalón. Después permaneció junto al cliente procurando impedir su huida con la estrategia de un adecuado entretenimiento que mitigase el tiempo, pero el mutismo del otro no propició ningún diálogo feliz, por lo que cliente y dueño quedaron acodados a la barra mirando el sinsentido de un rincón vacío, mientras Pepón volvía a introducir los bajos de la camisa dentro de un pantalón que se oponía a retenerlos.

La soledad, que Néstor agradeció tras el abandono de su pariente, se interrumpió al poco tiempo debido a Sergio, quien se le acercó, vaso en mano, con la intención de entretener los minutos de apariencia interminable en la espera del fin deseado. El profesor del instituto capitalino acercó al joven su bigote poblado de algunas canas deladoras de años sobrados,

portándolo como insignia y estandarte más de cansinos afeitados que de prestigio:

—Muchacho, creo que esos nos las acaparan toda la noche.

La voz del profesor, ronca y espesa, de fumador, bebedor y desolado, llegó a Néstor con la tonalidad aburrida de la tristeza. Y una vez tomó asiento, siguió ronroneando.

—Mientras los gordinflones persistan en el consumo, la niñas no se los llevan *arriba* por más que aguardemos los clientes habituales; y bien saben ellas que esperamos turno, ¡maldita sea!

Las *niñas* tenían sobre la piel poco de la infancia anunciada, por lo que Néstor desistió de comprender al maduro profesor. Mejor lo dejaba hablar hasta que tomase el camino de las escaleras al piso superior —improbable esa noche, cierto— o que su desesperación lo llevase derrotado a casa, donde dormiría con las pesadillas que, sin duda, iba a endilgarle.

—Me animé a venir hoy —continuó, el profesor, su monólogo— con la esperanza de que estas ninfas de piel marrón y nariz ancha me deparasen el bálsamo del olvido. Entiéndase mi comentario sobre el aspecto de las nenas como mera descripción veraz y no otra intención —aclaró, preocupado—, que los tiempos están para confundir lo que es y se ve con ideologías varias. Y con respecto al comentario sobre el olvido, añadido y explico que me refería a mi cotidianeidad anodina y frustrante. Tú ya me entiendes, Néstor, ¿verdad?

Néstor había perdido el hilo del discurso en la palabra ninfas, y solamente compuso media sonrisa forzada con la ilusión de que el otro desistiese del manifiesto programático sobre las razones para ir a una casa de putas. No obtuvo el premio deseado; Sergio insistió en disimular el agobio del tiempo perdido con la verborrea que sólo a él interesaba.

—No sé si tu pariente, y dueño de este garito, te comentó sobre su intención de mejorar la empresa con una meretriz de allende los Urales. No me importa, no me opongo a la novedad, por supuesto; pero si es así, la ignoraré como a estos adornos luminosos que me abruma, por no decir algo peor. De pieles lechosas ya tenemos de sobra en esta tierra de mujeres cremosas y distantes.

A Néstor lo mareaban menos las bombillas de cromatismo desacom-pasado que el discurso del profesor, pero mantuvo el esfuerzo de una sonrisa cómplice que no disgustase a su compañero de barra; el cual, ante el silencio partícipe de su contertuliano insistió en la disertación quejosa. Por ello se animó a explayarse en su teoría sobre las meretrices dadas y las otras, aquellas que odian a sus clientes; después derivó su discurso hacia las necesidades corporales del hombre sometido al ímpetu natural de la procreación con el engaño del gusto, el cual le impele al coito sin más razón que la calentura. Y tras complejas reflexiones sobre el asunto, acabó, como era inevitable, en la novela que escribía desde hacía años.

—En ella explico, con la ayuda de un entramado de múltiples personajes, los sinsabores que los errores de la Naturaleza producen en las mentes desarrolladas, las cuales buscan el placer y no el devenir natural, porque están sometidas a ese engaño del deseo que la especie humana impulsa por el gusto irreflexivo y calenturiento.

A Néstor le continuaban mareando más las palabras del profesor que las luces en las paredes, dispuestas por su tío en un día de inspiración equivocada; por lo que, a pesar de su buena maña para soportar a los semejantes, se vio en la necesidad de buscar una disculpa ante la diatriba de su amigo antes de llegar al vahído que lo tumbase desde lo alto del taburete.

—Oye, Sergio, ¿no se te hacen raros esos dos *notarios* de ahí al lado?

Se refería a la pareja de hombres persistentes en su actitud escrutadora, como quien está en una casa de lenocinio por equivocación y sin descubrir su despiste. El profesor torció el cuello para seguir la mirada de Néstor y dedicó un desganado vistazo a los dos compañeros de barra referenciados por el muchacho.

—Ya había fijado mi atención en ellos —explicó el educador de bachilleres—. Los supongo perdidos y sin acertar a salir de aquí.

—¿Y lo de la libretita?

—Eso aún no lo entiendo.

Sergio descargó de su intelecto a los dos grises individuos y volvió el interés hacia las morenas rientes y parlanchinas junto a los camioneros

pagadores de copas y vasos vaciados por las putas y su arte para la sed, ese que tiene el límite en la capacidad de los maceteros de flores artificiales donde ellas, con el disimulo gestual de un prestidigitador, volcaban güisqui y vodka, coñac o ron, mientras los tres contribuyentes lamían con la vista los muslos de ellas, cada vez más desprotegidos de unas falditas que padecían la propensión a elevarse en cada aparente trago.

Cuando Néstor se encontró libre de la conversación del profesor, ya pendiente de muslos lejanos y no de divagaciones eruditas, apuró el último sorbo de su vaso de agua y decidió irse sin más despedida que un gesto hacia su tío, el cual le respondió con un movimiento de manos comprensivo. El joven se apeó del taburete arrimado a la barra y avanzó hacia la salida; antes desvió de nuevo la atención hacia los notarios, y en ellos descubrió los colores del engaño y la astucia, que surgieron, como siempre, de forma inopinada. Sintió el miedo acelerador de los pasos en la fuga. El valor no se encontraba entre sus virtudes, si el valor lo es, pues siempre lo identificó con la temeridad, que no es más que un error. Néstor, en lugar de permitir que el recelo lo impulsase a la acción más desmedida, procuraba escapar de lo incomprensible; y la violencia, el engaño o las intenciones de doble filo, aquellas que cortan lo rozado, le eran ajenas. Apartarse, que es escabullirse, se convertía en la única opción dada por su natural incomprensión del mal.

CAPÍTULO IV

Sergio apuró el líquido adormidera de su vaso y pidió otro de lo mismo a Pepón. El alcohol no era un buen sustituto para remediar la soledad, pero no daba con una panacea mejor. Podía intentar el diálogo con el dueño, aunque la experiencia le prevenía que todas las charlas del patrón putero se reducían a la carestía de mantener el negocio. Ni siquiera lograba ser un buen oyente. Mucho mejor lo hacía cualquiera de las tres mulatas, esquivas esa noche por obligaciones de su profesión. No las culpaba. La vida se construía de tal manera; un día de cara al cielo y otro clavado en la cruz. Péndulo de movimiento continuo. Aunque su propio badajo se entretuviese más tiempo en la crucifixión, sin atenerse a las leyes de la física oscilante.

Pensó en acercarse al otro solitario de la barra, que como él también disimulaba el abandono en la copa que acariciaban las yemas de sus dedos con una suavidad parsimoniosa. Quienes arrullan el cristal del beber con la paciencia que distrae el agobio de los minutos, no suelen ser malos conversadores. Mejor compañía que los otros dos acodados, sí parecía. Pues aquellos dos, uno con la incongruente libretita en la mano, no tenían el gesto del desamparo provocador de la soledad en la espera dentro de una casa de fulanas, sino un aire indefinido que Sergio no tuvo sapiencia para desentrañar.

Mejor el solitario de la copa entre los dedos calmos.

—Hola, me llamo Sergio —había acercado su cuerpo hasta los dos metros separadores del elegido como compañero—. Esta noche es anormal. Por semana aquí no suelen campar clientes, y hoy ya ve...

El otro despegó sus ojos del líquido que removía entre las manos y los depositó en quien le hablaba con delicadeza y media sonrisa triste. El desconocido no supo componer una frase de repuesta, pero evitó el rechazo

con una mirada que de la sorpresa derivó al consentimiento. Finalmente, una mueca de aquiescencia permitió a Sergio acomodarse al lado del solitario y compartir con él la espera.

—Pues, como le decía —siguió el profesor—, los miércoles suelen ser días muy tranquilos aquí dentro. Es cuando suelo venir —el silencio atento del compañero de barra lo animó en la insistencia— Por supuesto que hay mejores locales en los alrededores de la capital, pero conviene alejarse de donde uno... ya me entiende: todos pastamos en el mismo prado, y es mejor apostarse tras un arbusto para... ya me entiende.

El oyente apenas asentía con un leve movimiento de cabeza y una exiguua sonrisa, como antes hizo Néstor; de todas formas era suficiente para interpretar la aquiescencia a la perorata. Sergio aprovechó un silencio de su discurso y observó que el apacible espectador tendría su misma edad y que los rasgos amargos de su cara no se debían a la impaciencia, ni el manoseo calmo de la copa indicaba costumbre en aguardar turno. Resultaba poco normal aquel improvisado contertuliano. Y había un punto inaudito, también —puestos a interpretar—, en los otros dos de al lado; el de la misteriosa libreta y su acompañante. Y, ya en el colmo de la elucidación, extraña se hacía la presencia de tanto camionero un miércoles, donde, por lo usual, allí no paraba nadie.

—¡Qué infrecuente es esta noche! —pensó en voz alta, Sergio.

—¿Usted habla siempre así? —dijo, por fin, el de los dedos en la copa.

—Temo que sí; soy profesor de Literatura.

—Lo siento.

—Yo también. ¿Es usted, en el culmen de la coincidencia, docente de lenguas *semi-muertas*?

—No, soy médico. Intento remediar las agresiones de los pacientes contra sí mismos

—No es peor que lo mío. Las agresiones a la cultura no se remedian con fármacos.

El médico esbozó otra sonrisa sin ganas y después devolvió los ojos a la copa con actitud descortés y huidiza, dando, en apariencia, fin a

la incipiente conversación. Sergio no se dio por derrotado tan pronto, e insistió en el diálogo.

—No sé si es más frustrante esperar por una puta o por la atención de los alumnos.

Había intentado un comentario gracioso, pero la cara del compañero no evidenció la comprensión de la gracia. A pesar de ello, el profesor insistió en su ánimo de cómico:

—La diferencia entre una prostituta y un alumno es que a la ramera acabas atrayéndola con dinero y al alumno no, porque suele tener más que tú.

Fracasó de nuevo con el pésimo chiste. Su ocasional acompañante insistió en agarrarse a la copa acariciada y desviar la vista, entonces lo comprobó Sergio, hacia los dos de al lado; el de la libretita y el otro. Y entonces, el inútil cómico fracasado, se convenció de que en verdad allí ocurría algo extraño. En el local se encontraban tres camioneros nunca vistos pernoctar en Berizo; por allí no hacían noche los grandes camiones en ruta —y suponer que acarreaban un porte tan enorme para alguien de las cercanías era, en principio, impensable—; también estaba el camarada circunstancial de barra y autoproclamado médico, más pendiente de quienes lo rodeaban que de las putillas de subidas faldas. Y para completar el decorado imposible, a unos metros se aposentaban, con distraída complacencia, una pareja de varones con cara circunspecta y una libreta en la mano, los cuales daban al magín la impresión de levantar acta notarial de todo el sentido que allí estaba ocurriendo.

Sí, la noche se dibujaba anormal. El chico simple, por no llamarlo retrasado —¡raro era de cojones!—, se había ido como si huyese de un mal próximo; Néstor, se llamaba —si la memoria distraída en meretrices y alcohol aún mantenía conexiones suficientes dentro de la cabeza—; y ese muchacho podía ser tonto, pero como los animales, intuía el peligro.

¡Dios, todo aquel proceso mental se avocaba a la sinrazón! El profesor de Literatura Española consideró la espera tan excesiva como sus tragos para soportarla. Estaba divagando más allá de lo que la buena razón consideraría como admisible. Se imponía el momento de la retirada.

—Amigo mío —dijo Sergio con la resignación prendida en la voz pastosa—, creo que esta noche usted y yo, y los dos vecinos de barra, estamos de más. Las *señoritas* del local tienen asunto para rato con esos tres galanes de zafias maneras.

El compañero obligado no entonó ningún comentario. Desvió con desinterés los ojos hacia el grupo de mujeres y sus pagadores, y a continuación, mientras devolvía la vista al vacío del mostrador, aprovechó para lanzar otra mirada rápida hacia la pareja de hombres silenciosos de al lado. Sergio siguió todo el proceso visual del compañero bebedor, y notó en él un rictus semejante al odio cuando trabó miradas con los notarios. Sintió curiosidad y decidió posponer su marcha.

—¿Conoce a esos clientes que se entretienen tomando notas? Yo los llamo *notarios*; una estupidez que sólo a un ingenuo y a mí se le podría ocurrir.

—Es menos tontería de lo que usted piensa —contestó el médico—. El acta que levantan irá ante un juez temible. No son verdaderos clientes; vigilan sus intereses, estudian el terreno donde se asientan. Esos tres camioneros van a tener problemas.

Nada entendió el profesor. Sería la bebida, que estraga la razón, como bien sabía por experiencia propia y por compartirla con tantos desconocidos en noches como aquella: soledad y alcohol, mala mezcla. Lo mejor era dar por buenas las simplezas de bocas nunca saciadas y despedirse antes de que la verborrea alcanzase más desquicio. Además, estaba comenzado a sentir miedo. Un miedo sin origen claro, pues nada dañino ocurría su alrededor. Solo tres muchachas esquivas y un amigo de barra con la palabra confusa, aparte de los camioneros gordiflones y los dos huraños anotadores, los cuales no representaban más peligro que cualesquiera otros clientes entretenidos en alguna manualidad, en este caso la de escribir. ¿O levantar un acta? ¿Se trataba de eso realmente? Pero tampoco semejante sandez constituía riesgo alguno. Él estaba tomando una copa, los tres de las putas estallaban en risas tontas y volaban sus ojos hacia las piernas de las fulanas y el solitario que al lado lo distraía pintaba un bebedor acodado como él. Nada considerado delito o propiciatorio de violencia. Aún así tenía

miedo. ¿El ingenuo Néstor había salido huyendo? Las miradas del médico y de los dos de al lado se cruzaron de nuevo y brillaron chispas de odio. Las risas del grupo de las coimas sonaron demasiado estridentes. Los *notarios* se veían nerviosos u ofuscados. Sergio consideró llegado el momento de seguir el camino del chico alelado.

—Pepón, dime lo debido, porque la noche se me acabó.

El dueño de *El Disparón* dio un respingo y salió del letargo en el que se hallaba sumido desde minutos antes, cuando distraído clavó sus ojos en una de las bombillas anaranjadas colgada en la pared. Llegó de tres saltos frente al cliente en posible fuga.

—Bueno, bueno, don Sergio, hay que tomarlo con paciencia —explicó, sabio—. Estas *niñas*, ya se sabe, se distraen y las consumiciones son parte del trabajo, es lo que hay, y se debe llevar con calma; no buscar en otros lugares, donde vaya usted a saber las enfermedades que se encuentran.

—No huyo a la competencia; es hora de cama casera y solitaria —aclaró el cliente, obviando la amenaza venérea de otros sitios a donde esa noche, era sincero, no tenía intención de acudir.

Ni con esa declaración de buenos propósitos cedió Pepón, que aún amagó con rellenar la copa del cliente, gesto impedido por la mano de Sergio haciendo de tapa.

—Venga, la última, don Sergio —insistió con pesadez el dueño del garito.

—¿Invita la casa?

El profesor retiró la mano taponadora de la copa y sonrió en franco desafío. El otro encogió el brazo que portaba la botella como si un fuego lo amenazase y comenzó a explicar sus penurias económicas, bien conocidas por los clientes habituales, en las que mezclaba impuestos, pagos a proveedores y recibos varios junto al excesivo consumo de papel higiénico en el retrete por parte de los clientes, así como la ruina que suponía la reposición de bombillas de colores.

—Si al final haré lo que un día dijo el bobo de mi sobrino; dar una linterna a cada cliente y dejar el local a oscuras.

El médico, que acompañaba la conversación de los otros dos en silencio, no pudo evitar una leve risa quebrantadora de su halo triste, e incluso se animó a participar en el diálogo.

—¿Y sobre el desperdicio de papel no dio con la solución?

—¿Mi sobrino? —contestó Pepón—. Ese, si tiene buen día, te explica hasta el remedio para la calva.

—¿También contra la alopecia se atreve? —rió, de nuevo, el médico.

—Lo que sea, ya le digo.

Sergio no retuvo su curiosidad y se adentró en la conversación sin ser consciente de que había caído en la celada de Pepón.

—¿Y lo del papel del retrete...? —preguntó.

—¿Una copita más? —replicó el dueño del bar, volviendo al reto de antes.

—¡Venga! —cedió el profesor—. ¡Serás cabronazo! —añadió sin enfado—
Hasta para hablar hay que pagarte.

Pepón sirvió el líquido con premura y eficacia; ni una gota de más ni una salpicadura fuera del recipiente. Después explicó, con inadecuada seriedad, las elucubraciones del hijo de su hermano.

—Pues Néstor, así se llama el pariente —aclaró, dirigiéndose al médico—, cree que los rollos de papel para limpiarse el culo podrían estar aquí, en la barra, y distribuirlos yo a tanto el metro. La idea, si se mira bien, no es mala del todo, pero no hay costumbre de eso en la hostelería.

—Amigo mío —exclamó Sergio—, si venimos aquí a putas y acabamos con una linterna en la mano y un trozo de papel en la otra, mientras buscamos el retrete, sería digno de contar.

La risa acabó por despabilar el muermo que soportaba el médico y también logró que el profesor echase a la indiferencia su miedo de antes, poco justificado en cualquier caso. El dueño del local, en cambio, no encontró gracia al comentario, y quedó pensativo mientras decidía si reír para acompañar a sus dos clientes o estudiaba seriamente la posibilidad de innovar las costumbres y usos hosteleros. Y en ese instante, mientras se apagaban las sonrisas, ocurrieron varios sucesos casi a un tiempo. Cari, Mona y Susi, las rameritas del lugar, y sus tres clientes, se levantaron

de los incómodos taburetes y emprendieron el camino hacia el piso de arriba, el de las habitaciones; y a continuación, los dos *notarios* buscaron la salida con el mismo silencio mantenido hasta entonces. Pepón resumió el nuevo escenario:

–La cosa se va aclarando. Ya ven que la paciencia lleva a donde uno quiere ir sin necesidad de moverse. Las tres bajarán pronto. Veinte minutos a lo más, que esos van bien calientes.

–Llegar permaneciendo quieto –resumió, aun más, Sergio.

–Como usted diga –consintió al amo del local–; pero tras otra copa, tendrán ustedes a las tres para escoger.

–No, yo no estoy aquí para eso –sorprendió el médico a los otros dos.

Y tras la confusa explicación, lanzó un billete al mostrador, con un gesto señaló que invitaba a su reciente compañero y emprendió un veloz caminar hacia la puerta de salida por donde, segundos antes, desaparecieron los misteriosos de la libretita.

Sergio no tuvo tiempo para dar las gracias, y Pepón, tras comprobar que el billete doblaba con amplia holgura la deuda, atinó a exclamar:

–¡Sobran algunas monedas! ¿Las damos al bote?

No hubo respuesta. El cliente espléndido se fue sin atender el requerimiento, y Pepón sí topó entonces la justificación para una sonrisa plácida mientras se allegaba, billete en mano, hasta el extremo de la barra donde un cajón cerrado con llave acunaba los billetes grandes.

El profesor de Literatura en un instituto de la capital se encontró solo, y tras un sorbo largo a su copa decidió olvidar los minutos anteriores a ese instante, y después relegar también las horas de más atrás, y las otras anteriores, aún más lejanas; y arrinconar incluso las del futuro –que por previsibles se anunciaban a temer–. Logró sumirse en el comfortable cojín de la ignorancia y anular hasta los días más remotos y los aciagos venideros. Con ese ardid conseguiría borrar el mañana, la mañana del día siguiente; porque abolir de un manotazo el pasado es dar una patada al balón del futuro y enviarlo muy lejos del presente. Entonces, en tal estado de abandono y olvido, durante la docencia de hoy no habría soportado a los rumiantes de chi-

cle con auriculares en las orejas mientras él hablaba a las paredes, a las ventanas y al oscuro encerado del atroz sufrimiento que trasmite un poeta cuando canta una nana con cebollas para su hijo lejano y hambriento. Y mañana tampoco. Hoy significa el aquí y el ahora. Las furcias lo escucharían con un mohín gracioso y sin cables colgando de las orejas. Que entendiesen, era lo de menos.

CAPÍTULO V

Néstor despertó temprano; antes que su madre y justo cuando el camión de la basura provocaba el grito matinal del gallo mecánico con su chirriar de frenos y los ronquidos de un motor agónico. Era el día siguiente al robo que trastornó el final de su trabajo la noche anterior, y hasta ese momento no lamentaba preguntas ni acosos maternos. Su engendradora en nada indagó, y salvo los nefastos colores de *El Disparón*, antes de irse bajo las mantas solitarias, la noche había transcurrido en la paz donde ningún quebranto asusta. Todo bien. Un nuevo día. Una nueva vida. A comenzar desde el principio. Así transcurría la existencia. Despertar y comenzar.

Su madre aún dormía, y como si la avivaba temió que pudiera haber mejorado de memoria y preguntarle por el día pasado, decidió pirarse de casa amortiguando en lo posible el chirriar de los zapatos al deslizarse por las baldosas. No sólo le resultaba indeseable hablar del robo y el descuento en la nómina que se avecinaba, sino que se le hacía penoso rememorar los sucesos de la noche. Recordar era hurgar en una tumba, porque todo lo sucedido está muerto y no tiene importancia, pero huele mal y, además, ya no brilla. Sobre todo por eso: aquello que carece de color está muerto. Con esta máxima en la cabeza oteó los alrededores por ver si el incipiente sol alumbraba alguna luz de las que él veía, pero nada más que los edificios y el asfalto, todo siempre gris y apagado, se mostraron en la eterna fotografía de su calle.

De camino por la acera, su cuerpo se quejó por el frío ligero de una mañana primaveral que posponía el calor. Tenía hambre y un billete en el bolsillo; el que no pudo gastar en la noche. Sobraría para un café grande y un bocadillo pequeño en Casa Cecilia, el bar cercano al de su tío. Cuando este cerraba, Cecilia abría. A menudo, Cari, Mona y Susi iban por allí a borrar de

la memoria la noche con un café, un cruasán y un líquido que ardiera entre los dientes y después en la garganta.

Unos metros antes de alcanzar el bar de Cecilia, Néstor vio en la distancia, más allá del local de su tío, al otro lado de la carretera, donde se hundía el surco del río, un poco antes de la gasolinera, a un grupo ajeno a esa hora temprana. Y los fulgores de la escena se resumían en blanco y negro. Más negro y gris que blanco. La muerte.

Entró en Casa Cecilia confundiendo en el paladar del ensueño el sabor a café con leche y la desazón de la incertidumbre. En el local se encontraba demasiada gente para esa hora. No estaban sus amigas noctámbulas, aunque sí un desconocido muy gordo junto a los dos guardias de cuando el robo y otros tres uniformados más, también conocidos de patrullar por Berizo. A su lado se apoyaban en la barra el profesor Sergio, los tres camioneros acaparadores de fulanas y Pepón, su tío.

—Ahí está el que faltaba —oyó, Néstor, que decía uno de los guardias al desconocido gordo, vestido con gabardina y ropa de calle, o sea, sin el uniforme de los guardias civiles que lo rodeaban.

—Pues no hace falta ir a buscarlo —añadió el extraño de vestimenta usual, con apostura de jefe.

Néstor se allegó hasta Cecilia, al otro lado del mostrador —y con ella se completaba el grupo—, y con un hálito de voz, padeciendo el peso de todas las miradas sobre él, susurró:

—Nada más que un café con leche. Hoy no comeré nada; se me ha ido el apetito.

Mientras la dueña del bar se apartaba a preparar el pedido, Néstor observó que el desconocido de la gabardina cuchicheaba con uno de los guardias y a continuación se dirigía hacia él. Sus pasos eran lentos, de apariencia majestuosa, estudiados con la intención de predisponer a la víctima hacia la sumisión y el respeto; y la barriga adelantaba al resto del cuerpo en casi medio metro, anunciando la mole que vendría después. Antes de llegar aquel corpachón al lado del joven, la voz del tío Pepón se impuso al silencio que mantenían todos, como si de una liturgia tratara la reunión.

—A ese le va a sacar menos que a nosotros, porque sabe lo mismo; o sea, nada. Y además se va a ir por las ramas.

El gordo que ostentaba el mando de la situación no hizo oídos al comentario, y se plantó ante un Néstor al que comenzaba a temblarle la piedad izquierda, contingencia por donde arrancaba su inseguridad cuando no entendía aquello que lo acechaba.

—Soy Gómez, comisario de policía —se presentó el desconocido con voz ronca y pausada—. Anoche... —empezó con el preámbulo del interrogatorio, pero no pasó de esa primera palabra.

—Los brillos los tenían de gente buena —interrumpió Néstor, nervioso—. Amenazaban y se llevaron el dinero. Lo importante es que eran ilustrados en la confección de trajes.

—...ilustrados en la confección de trajes... —repitió el comisario, intentando disimular el desconcierto.

—El chico parece leído —opinó, en la distancia, el profesor, mientras daba un bostezo irrefrenable.

—Lo habrá oído por la tele —desprestigió, Pepón.

Néstor, indiferente a la crítica de su vocabulario, siguió explicándose con lo más florido de su conocimiento, pues la mole que tenía enfrente le inspiraba el respeto que impele a hablar con palabras grandilocuentes sin importar lo escasas que fuesen las atesoradas.

—Pensé en atrancar la puerta antes, pero dudé y ellos me allanaron, no pude impedir nada; de todas formas, ya le digo, no se portaron mal. Al final, hasta les di algunos buenos consejos.

—¿*Me allanaron?* —el comisario lanzó la pregunta para sí mismo, los ojos en blanco.

—Concedámosle la licencia poética —intercedió el profesor, que no pudo evitar cierta trabazón en la lengua; evidencia no sólo del sueño postergado, sino también de las copas que acompañaron la noche interminable.

—...Y los ladrones se dieron a la fuga en un coche que pudiera ser azul, porque no desprendió ningún color verdadero; y se perdieron en una curva que tampoco tenía coloración —continuó Néstor.

El comisario Gómez alzó la mano para imponer silencio ante el rosario de despropósitos que no lograba comprender. Entonces uno de los guardias abrió la salida a la luz:

—El chico habla del atraco en la gasolinera... Ya le comenté el suceso... Se trata de otro caso. Y también le dije algo sobre este testigo...

—¡Vale, vale, ya lo entiendo! —se impuso la voz autoritaria del comisario, devolviendo el silencio a la concurrencia; y a continuación se encaró, de nuevo, con Néstor— ¿Y en la casa de putas, colores aparte, observaste cualquier anomalía que te llamase la atención?

—Las luces de las paredes lo confunden todo en casa de tío Pepe. No sé de qué estamos hablando.

Fue entonces cuando de la panza del comisario, más que de su boca, pues la tripa era la que retumbaba al hablar, salió la explicación de todo aquel entuerto. Explicó, al confundido joven, que a un cliente del bar *El Disparón*, se le encontró muerto, poco antes del amanecer, en la vereda del río que está enfrente del local nombrado, y era de suponer la relación entre la estancia en el local de jolgorio, así lo denominó, y la muerte del desgraciado por un golpe en la cabeza, que el forense aún habría de determinar si fue producto de un mal paso y posterior caída o de una mano asesina; aunque su sapiencia en heridas, golpes y sangres —de tal forma lo expresó— le hacía intuir la intervención de un malvado en la muerte de aquel acreditado facultativo: doctor, según la documentación hallada en su bolsillo y afamado por el renombre de sus apellidos; esto último por algunas reseñas en los periódicos.

Al profesor Sergio le faltó poco para dar palmas ante la elocuencia del policía, pero una mirada al reloj desvió su interés por la oratoria del resumen preciso y lo llevó hasta el lejano instituto donde dentro de dos horas tendría la obligación de impartir sabia docencia. Interrumpió la disertación del gordo.

—¡Oiga, yo doy clase dentro de un par de horas! —gritó Sergio, más hacia sí mismo que dirigiéndose a la autoridad.

—Usted se va cuando quiera —replicó el policía.

—¡Ah, bien! —se apaciguó el profesor, que continuó sentado al lado de una copa casi vacía, sin fuerzas para lanzarse hacia los alumnos que le esperarían pasados ciento veinte minutos, y que le verían medio borracho y sin afeitarse, como alguno de ellos, pensó con la injusta carencia de estadísticas fiables sobre el estado ético del alumnado; y lo del afeitado dependía de hormonas más o menos prematuras y de costumbres masculinas aún no adquiridas. Era injusto, lo sabía; en cualquier caso, aquella noche insomne lo disculpaba. Mierda de alumnos, de todas formas. A pesar de las circunstancias, se estaba mejor acodado en aquella barra, con una copa casi vacía de no recordaba ya qué licor. Mierda, también, para la noche.

Tras el exabrupto mental del docente, le tocó el turno al dueño del lupanar; el cual, tras reflexionar poco más de lo que duró la interrupción del profesor al discurso explicativo del policía, exclamó:

—¡En el río! —todos le miraron con asombro e incompreensión—. ¡La muerte ocurrió en el río, así que nada de precintarse mi local!

—¿Quién habló de precintarse nada, coño? —respondió el comisario Gómez— Aquí nadie precinta nada. Y usted también puede abrirse cuando quiera —aclaró, enseguida—. Y esos tres —se refería a los camioneros adormecidos sobre una mesa vecina— que se metan en sus camiones a descansar la noche.

A pesar de la orden, todos permanecieron en su sitio, como si el peso de las horas desveladas los empujase contra el suelo. Sólo doña Cecilia conservaba la capacidad de moverse, reponiendo copas o volviendo a servir tazas de café. Néstor también asemejaba una estatua, aunque no por la modorra mañanera de alcohol y sueño, sino por el desconcierto y aquel mismo temor que lo hizo abandonar el bar de su tío horas antes, cuando aún nada había sucedido y las dos sombras notariales sólo se vislumbraban como amenazas inciertas. Al menos, ya no le temblaba la pierna. Dio un soplo al café que Cecilia le había plantado delante, y después pudo vocalizar sus miedos.

—¿Y los dos de la libreta?

Todas las caras de los reunidos se volvieron hacia él, que se refugió en un trago de la taza, demasiado largo y apresurado, por lo que los labios pade-

cieron el hervor del café con leche y derramaron buena parte por las comisuras.

—¿Qué sabes tú de esos? —interrogó el comisario, aun más serio, si cabe, de lo que hasta entonces se había mostrado.

Al tiempo que Néstor negaba con un gesto de la cabeza, su tío lo apoyó repitiendo que del chaval no se iba a *sacar* nada; como del resto, porque aquella pareja que tomaba notas en silencio ni eran conocidos ni hasta entonces fueron vistos jamás por Berizo. A pesar del comentario de Pepón, el policía aún mantuvo cierto tiempo la mirada escrutadora sobre el joven, quizá porque su forma de morderse los labios indicaba que contenía información tendente a regalarle un poco de luz en aquel misterio.

—¿Seguro que no sabes nada?

—No, señor; nada —dijo, por fin, Néstor.

—Será verdad.

La puerta del bar se abrió en ese instante, y otro guardia asomó sin llegar a entrar. Buscó con la mirada y, finalmente, se dirigió al comisario.

—Ya está aquí el señor juez para levantar el cadáver.

Gómez apuró el poso del orujo que aún conservaba el vasito relleno dos veces desde su entrada en el bar y después repasó mentalmente la información recabada. Nada. Sólo formalidades: la identificación de la víctima gracias a la documentación hallada en su propia cartera; sus últimos pasos antes de la muerte; las direcciones de testigos que nada aclaraban y dos desconocidos sobre los que pudiera recaer una sospecha más imaginaria que apoyada en recelos consistentes. Nada. Mierda.

—¿Sabemos también la dirección del bobo este? —el comisario se refería a Néstor, pero preguntaba a los guardias, y cuando uno de la benemérita forzó un gesto afirmativo, añadió— Pues vamos con el juez, a ver si tiene hoy el día tonto y no me huele el aliento.

Posó, sobre el mostrador, el vaso con un golpe contundente, después avanzó hacia la salida a pasos largos y enérgicos; su poderosa barriga habría desgoznado la puerta si el guardia que permanecía en ella no la hubiera abierto de par en par. Tras él se fueron los otros uniformados en impro-